



**IPAZUD**  
 Instituto para la Pedagogía,  
 la Paz y el Conflicto Urbano.  
 Universidad Distrital  
 Francisco José de Caldas

# “La historia del siglo XX está condicionada por una representación colectiva del pasado que es la memoria que se forja en la sociedad”

## Conversatorio con el profesor Enzo Traverso<sup>1</sup>

*Centro de Estudios Sociales  
 y Culturales de la Memoria.  
 Pontificia Universidad Javeriana.*

DOI: <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.cpaz.2014.1.a13>



### Introducción

El 9 de mayo de 2014 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá (Colombia), el Centro de Estudios Sociales y culturales de la Memoria de esta facultad, a propósito de una conferencia del profesor Enzo Traverso (E.T) en el marco de la conmemoración del Centenario de la Primera Guerra Mundial, realizó un conversatorio en el que participaron estudiantes (E) de historia de la Universidad Javeriana y estudiantes de otras carreras e instituciones, así como los profesores Alfonso Torres (A.T) de la Universidad Pedagógica Nacional, Álvaro Oviedo (A.O) de la Pontificia Universidad Javeriana, Mauricio Hernández (M.H) de la Red de memoria de la Universidad

Distrital Francisco José de Caldas, Jairo Enrique Martín (J.M) de la Universidad Central de Bogotá y Jefferson Jaramillo (J.J) de la Pontificia Universidad Javeriana.

El siguiente texto corresponde a algunos apartados de este conversatorio en el que el profesor Traverso presenta reflexiones sobre la historia y la memoria. Entre otros elementos, plantea los retos de hacer historia, el papel del historiador en la consolidación de una historia crítica, así como algunas carac-

<sup>1</sup> Este texto contó con el apoyo editorial de Jefferson Jaramillo, profesor asociado del departamento de Sociología de la Pontificia Universidad Javeriana y Johanna Torres Pedraza, estudiante de sociología (en trabajo de grado) de la Universidad del Rosario de Bogotá, Colombia.



Enzo Traverso

terísticas y desafíos que deben enfrentar los estudios de la memoria.

El profesor Enzo Traverso nació en Italia y estudió Historia Contemporánea en la Universidad de Génova. Su doctorado lo realizó en la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París y su tesis fue dirigida por Michael Löwy. Ha sido profesor de Ciencia Política en la Universidad de Picardía Julio Verne (Francia) por 20 años, y es actualmente S.B. Winokur Professor in the Humanities a Cornell University, Ithaca, New York. Su trabajo se ha enfocado en la historia intelectual y política del siglo XX en Europa. Varios de sus textos se han traducido al español, entre ellos: *El pasado, instrucciones de uso* (Marcial Pons, 2007), *Historia, memoria, política* (Prometeo, 2011); *La Historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX* (Fondo de Cultura Económica, 2012) y *El final de la modernidad judía. Un giro conservador* (PUV, 2014).

**(J.J):** Un saludo especial para el profesor Traverso quien visita por primera vez nuestra institución, así como para todos los asistentes

(estudiantes y profesores). Invito a los profesores de las otras instituciones a presentarse brevemente.

**(A.T):** Gracias por la invitación. Soy profesor de la Universidad Pedagógica de Colombia y trabajo desde hace algunos años en procesos de recuperación de la historia oral y la memoria de organizaciones populares y movimientos sociales. Hemos estado conectados a experiencias de educación popular pero también a la academia. En la Universidad tenemos una línea que se llama *Memoria, Identidad y Constitución de Sujetos*, desde ahí animamos a estudiantes y tesisistas a que realicen trabajos en este sentido. Nuestro mayor esfuerzo ha consistido en construir metodologías que permitan activar memorias sociales.

**(M.H):** Un saludo especial para el profesor Traverso y los asistentes. Estoy vinculado con el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (IPAZUD) de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. El instituto, cuenta con tres líneas de acción: Democracia y ciudadanía, Desarraigos y territorios,



y Memoria y conflicto. Es de interés para el Instituto, y mirando hacia el futuro, examinar los resultados de la mesa de conversación en La Habana entre el gobierno y la guerrilla de las FARC. Así, profesor Traverso, tengo las siguientes preguntas: ¿Cuál es el papel de la memoria ante un posible escenario de posconflicto en nuestro país?, ¿Cuál es el rol de los académicos en ese escenario? y ¿Qué ámbitos están por explorar dentro de los estudios de memoria?

**(J.J):** Profesor Traverso, como podrá darse cuenta, en el país la memoria se ha utilizado para reconstruir el pasado de violencias nacionales; un pasado que no acaba de cerrar y que no sabemos cuándo comenzó realmente; si en el año 30, o en el 48, o en el 58, o en el 64. También se ha utilizado la memoria para reconstruir algo de la verdad de ese pasado y para movilizar procesos de reparación a las víctimas así como algunas acciones judiciales en contra de los victimarios. Además, existen muchas memorias en el país: memorias institucionales como las que está produciendo el Centro Nacional de Memoria Histórica, el Centro Distrital de Memoria, Paz y Reconciliación, o los centros regionales de memoria. También memorias como las que están gestionando y tejiendo colectivos y movimientos sociales y culturales. Precisamente, a partir de este contexto y teniendo como referencia trabajos suyos como *El Pasado*, lecciones para su uso, rondan algunas preguntas claves que nos gustaría discutir con usted: ¿Es posible historizar el pasado en Colombia cuando ese pasado no acaba de cerrarse? ¿Es la memoria un imperativo ético, histórico, judicial o político? ¿Cómo entender la memoria en el marco de la justicia transicional en medio de un conflicto y con la expectativa de un posconflicto?

**(E.T):** Son muchas preguntas. Comenzaré hablando de mi trayectoria, porque estamos todos reunidos a partir de acumulados y presupuestos diferentes. Trabajo hace 2 años en Estados Unidos, pero tengo una formación europea. Mi mirada sobre la memoria se forjó en la Europa continental entre Italia, Francia, Alemania y un poco en España. Inicié trabajando sobre esos temas hace 15 años, y en principio mi objetivo era hacer una indagación sobre la historia intelectual vinculada a la historia del Holocausto. A partir de esta experiencia me surgió una gran pregunta ¿cómo escribir la historia del Holocausto a partir de considerar la dimensión de la memoria? Esta pregunta estaba motivada por un presupuesto, y es que la manera en la cual se escribe la historia del siglo XX está condicionada por una representación colectiva del pasado que es la memoria que se forja en la sociedad. Este fue uno de los primeros elementos que inicié explorando de forma sistemática y que me condujo a preguntas del tipo: ¿Qué es la memoria? ¿Cómo las ciencias sociales intentaron definir la memoria? Por el camino me di cuenta de que es un campo abierto y de tensiones, donde se pueden construir diferentes definiciones. La memoria es la manera de vincular un trabajo de investigación y de reconstrucción del pasado con preocupaciones del presente. Es también la forma –por lo menos en Europa– con la cual se reformula una postura intelectual frente a acontecimientos disruptivos.

La memoria se trabaja como un concepto y como una disciplina. *Memory studies* es un campo disciplinar que tiene hoy su propia legitimidad y en el cual me ubico con un posicionamiento crítico. Soy crítico con respecto a las tendencias dominantes, y tengo la impresión que la problemática que se discute en Estados Unidos, en Europa



y acá, es el mismo debate porque aunque los objetos pueden ser diferentes se puede decir que hay pautas metodológicas y preocupaciones similares que son las del mundo globalizado.

Mi impresión es que cuando hablamos todos de memoria, en realidad estamos hablando de historia, y es una manera diferente de plantearnos problemas que tienen que ver con cómo se escribe la historia. Existe una retórica de la memoria que tiene sus explicaciones y que es una manera en la cual estamos intentando escribir de una forma diferente la historia. Podemos ser sociólogos, filósofos, historiadores, politólogos, pero el objeto es la historia. Si quiero contestar ¿Por qué la memoria? ¿Por qué ahora todo el mundo habla de memoria y hace 25 años lo hacían pocos? debo considerar que aunque los primeros trabajos sobre memoria al principio del siglo XX, en particular en Francia con la filosofía y la historia, fueron trabajos de pioneros, no crearon un campo de investigación ni una disciplina.

La memoria como concepto, como categoría analítica y como campo de investigación, surgió en la década de los años ochenta en Francia con el debate sobre los “lugares de memoria”, y en Estados Unidos y Alemania con toda la discusión alrededor del exterminio de los judíos. Es decir, en Alemania durante esta década, la cuestión del genocidio reaparece como un tema central en el debate público, no solamente en el académico o historiográfico, también en el panorama social y político. Entonces, ¿Cómo Alemania puede redefinir su propia identidad nacional, integrando en su representación del pasado, en su conciencia histórica los crímenes Nazi? Ese es el contexto en el cual cobra vigencia la memoria y después con la globalización se hace un campo de investigación global.

Mi posición es que el “estallido” o el “boom” estuvieron vinculados a cambios históricos y políticos.

El siglo XX se acaba y uno nuevo empieza: ¿Cómo es posible historizar el siglo XX? Eso es un problema general que se plantea en Colombia, en Estados Unidos, en Japón y en España. El nuevo siglo pone en cuestión las metodologías tradicionales de historización del pasado. Este cambio histórico coincide también con un cambio político global que es el fin de la Guerra Fría, el fin del socialismo real que es, a su vez, una toma de conciencia de la derrota de las revoluciones del siglo XX. Ese es el contexto: la manera de concebir la historia de la época de la Guerra Fría, no parece hoy satisfactoria. Todos los paradigmas de la historia estructural, como la larga duración o el tratamiento del “acontecimiento como la espuma de la historia”, como “algo superficial”, son cuestionados. De hecho, si hay acontecimientos que son cortes centrales en la historia es porque están vinculados a las decisiones de los actores. Al reintroducir la subjetividad en la historia, se comienza a analizar cómo ciertos acontecimientos cambiaron la cara del mundo en el siglo XX y por qué no son reductibles a causas estructurales.

Si tomamos en cuenta la subjetividad, la memoria es otra manera de definir la historia a partir de los actores. Eso es un elemento fundamental. Otro elemento, es que el *boom* de los estudios de memoria está vinculado al fin de la Guerra Fría y a la toma de conciencia de las derrotas de las revoluciones. Es decir, veo una correlación entre el *boom* de los estudios sobre memoria y la caída de las utopías que dominaron el siglo XX. Construir nuevas utopías se puede hacer integrando memorias del pasado, pero creo que esa obsesión por el pasado y la memoria está vinculada al hecho de que no sabemos cómo construir el futuro



y no tenemos ideas claras. Esa obsesión por las víctimas está vinculada a ese cambio del paisaje mental en el mundo de hoy.

La construcción de la historia como trabajo que tiene un compromiso ético-político, y que pretende hacer justicia *a-posteriori* y reconocer o rehabilitar a las víctimas, está vinculada a cierta visión de la historia del siglo XX que surgió de ese corte. Para hablar con símbolos o fechas icónicas podemos considerar tres: la caída del muro de Berlín, el fin de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría. Todas ellas coinciden con un cambio, con el surgimiento de la memoria del Holocausto convertida a su vez en un paradigma memorial. Hay memorias que se construyen a partir de ese paradigma del Holocausto; por ejemplo, la memoria de las dictaduras militares en Latinoamérica, las memorias del imperialismo japonés en Asia y las de los totalitarismos en Europa. Si vamos a ver cómo se estudia la historia del genocidio en Camboya o la historia de la Unión Soviética o la historia del genocidio de los armenios, siempre hay una especie de dispositivo hermenéutico y analítico que es tomado en préstamo de la historiografía del Holocausto.

El siglo XX aparece como el siglo donde se borraron las utopías y las experiencias de las revoluciones, como el siglo de las guerras, los totalitarismos y los genocidios. El concepto de genocidio se volvió una clave hermenéutica para interpretar la historia de este siglo. Por un lado, tiene sus ventajas; su dimensión ético-política que es incontestable y de la cual parte el principio: *hay que hacer justicia a las víctimas, hay que reconocer las víctimas que habían sido olvidadas*. Por otro lado, creó una mirada memorial e historiográfica que es muy problemática cuando se aplica a la historia de conflictos internos, porque se planteó la historia del siglo XX como una confrontación binaria entre verdugos y víctimas. Entonces, ha-

blar en estos términos se vuelve problemático, porque elimina un conjunto de actores del pasado que tienen derecho también de memoria, de reconocimiento, y que no se ubican en esas categorías binarias. Y también es un problema de orden metodológico general; la categoría de genocidio no surge de las ciencias sociales sino que es una categoría jurídica; esta migración plantea problemas porque tiene, por supuesto, su pertinencia cuando se trata de decir quién es verdugo, quién es la víctima, quién es el culpable, quién es inocente. Pero escribir la historia con categorías jurídicas plantea muchos problemas, y no creo que sea el papel del historiador decir quiénes son los verdugos o quién es el culpable.

El historiador tiene que hacer una historia crítica, la cual tiene que integrar preocupaciones humanas. Esto implica trabajar con dos dimensiones distintas y complementarias: la epistemológica, que comprende y reconstruye el pasado y sus dinámicas; y la ética, que reconoce a las víctimas y cómo hacerles justicia. Sin embargo, hay una interferencia permanente entre esas dos dimensiones. Yo creo que la respuesta no puede ser, la del *cientificismo* tradicional, que concentra toda la ilusión en la idea de que hacemos un trabajo científico bajo la neutralidad axiológica. Pero también creo que es peligroso decir, “yo escribo como representante de las víctimas”. Eso, plantea problemas.

Ese es también el problema que está vinculado con el giro lingüístico que valoriza las singularidades y que en sus expresiones más radicales elimina la dimensión universal, valorizando sólo lo relativo al sujeto. Pero no creo en la fecundidad de una historia escrita sólo como historia para las mujeres o historia para los homosexuales o para los indígenas o para los pobres o para grupos particulares. La historia pertenece a todo el mundo, a pesar



de que son los historiadores de un momento histórico los que escriben la historia de estos actores. La historia hay que escribirla en perspectiva global.

**(A.T):** Me parece interesante lo que se deriva de lo que dices y es que el hecho de asumir una perspectiva ético-política no significa que se haga mal la historia, aunque cuando se asume esta perspectiva hay una exigencia de seguir haciendo bien la historia, de trabajar sistemáticamente desde el rigor de lo que hemos aprendido los historiadores. Estoy además de acuerdo con que la historia merece una mirada de conjunto. De todas maneras tengo varias preguntas: ¿Por qué esa emergencia de las historias singulares surge como efervescencia de ese ocultamiento de las miradas más estructuralistas? ¿Qué implica hacer una historia desde determinado lugar? Tengo la impresión que de lo que dices, podría derivarse la idea de una “gran historia” que suma las historias de las mujeres, de los niños, de los jóvenes, de los homosexuales y eso podría dar la “historia real”. Una historia al estilo del Aleph de Borges, que desde un gran lugar integra todo. Una pregunta final, en esa mirada de conjunto que tú tienes a nivel mundial de prácticas y de investigación sobre la memoria en ¿cuáles encuentras experiencias metodológicas potentes, sugerentes, novedosas, emergentes y creativas?

**(E.T):** Aclaro que no soy ni me reivindico como un historiador universal. Mi conocimiento sobre la historia universal no es más grande que el de mis colegas colombianos. Por supuesto, es necesario escribir la historia de una masacre que tuvo lugar en Colombia hace 30 años y que se olvidó. Hay que reconstruirla lo mejor que se pueda. Para escribir la historia de una masacre hay que tomar

en cuenta el testimonio de las víctimas y eso es algo evidente. Pero escribir la historia de una masacre basado exclusivamente sobre el testimonio de las víctimas me parece problemático. No porque yo tenga desconfianza con respecto a la memoria de las víctimas o de los sobrevivientes. De hecho, la mirada subjetiva es perfectamente legítima. Sin embargo, no deja de ser una mirada unilateral y si se escribe la historia de esa manera se hace una historia puramente de sufrimientos. El trabajo del historiador no implica un trabajo de duelo, en el sentido psicoanalítico de la palabra, ese no es el oficio del historiador. Además, lo que me molesta mucho es la tendencia general a enfatizar el sufrimiento de las víctimas confinando la historia de los oprimidos a este estatuto de víctimas.

La visión del pasado como genocidio, en el cual hay verdugos y víctimas, condena a las víctimas a un estatuto reduccionista. Por ejemplo, en Europa como en Estados Unidos, hay un enfoque fuerte sobre la historia de la esclavitud. La historia de siglo XX es la historia de la transformación de los oprimidos en sujetos históricos y políticos. Pero reducir la historia a su sufrimiento me parece algo que empobrece el análisis; más aún, cuando se hace historia de conflictos sociales tan complejos, donde hay actores que no son simplemente víctimas. Los actores tienen su complejidad porque pueden ser, por ejemplo, militantes de movimientos políticos que surgieron para dar dignidad a los oprimidos y que dan cuenta de la constitución de un sujeto político. Es decir, actores que muestran la construcción de identidades y momentos de luchas emancipadoras que se vinculan a ideologías, a visiones del mundo y a planteamientos políticos que pueden ser muy discutibles pero que revelan un punto de vista ético-político que trasciende la connotación de “víctimas”.



Respecto a la otra parte de la pregunta, la de las experiencias de trabajo, puedo hablar de lo que he trabajado: la historiografía del Holocausto que tiene al menos dos grandes ejes de análisis. Por un lado, está la historiografía alemana del Holocausto, que es estructuralista y positivista. Es una historiografía sofisticada que logró resultados de gran envergadura, por eso hay escuelas en diferentes universidades. Sin embargo, es una historiografía basada casi únicamente sobre las fuentes oficiales y los archivos que están disponibles. Entonces, es una historiografía de un genocidio visto exclusivamente desde el punto de vista de los verdugos, porque esa historiografía jugó un papel fundamental para que la sociedad alemana redefiniera su conciencia nacional. De hecho, eso llevó a la construcción de un memorial gigantesco en Berlín que es para recordar a las víctimas de un régimen político alemán. Pero hoy las nuevas generaciones no se definen como alemanas; además, está saliendo por doquier una responsabilidad histórica de los crímenes del nazismo que antes no era tan visible y que no se ve condensada ni recogida en el memorial.

De otra parte, está la historiografía del Holocausto más francesa, norteamericana, y si se quiere, israelí, que se focaliza sobre las víctimas y trabaja sobre los archivos de las víctimas. Aquí, se incluye las memorias como fuentes. Ambas historiografías son muy interesantes pero las dos son miradas parciales y unilaterales sobre el tema. ¿Qué significa poner en un mismo plano a los verdugos y a las víctimas o suprimir esas jerarquías? Para interpretar y comprender un acontecimiento hay que tomar en cuenta el papel que jugaron todos los actores. Los verdugos también tenían su subjetividad y se pueden penetrar e intentar comprender de una manera diferente con respecto a los testimonios de los sobre-

vivientes de los campos. Yo creo que en Latinoamérica también se plantea ese problema. ¿Quiénes son los paramilitares? ¿Quiénes eran los que integraban a la ESMA (Escuela de Mecánica Armada Argentina)? Se sabe sobre los presos que fueron torturados, pero para comprender lo ocurrido hay que tomar en cuenta las dos versiones: las de las víctimas y las de los victimarios.

El papel del historiador tiene que ser el de la reconstrucción crítica, con una distancia crítica de los documentos, las fuentes y los testimonios de unos y de otros, a pesar de que exista una simpatía y compasión mayor hacia las víctimas y una condenación a los verdugos. Para decir las cosas de una manera provocadora, una historia de la esclavitud, una historia del colonialismo que sea simplemente una historia del sufrimiento de las víctimas es tan unilateral como una historia muy ideologizada como la epopeya de las revoluciones. Creo que ambas deben dejar insatisfecho al historiador.

**(J.J):** Ahora que estabas hablando sobre la historiografía del Holocausto y de esas dos grandes vertientes, que son la alemana y la franco-norteamericana-israelí, me surge la inquietud sobre lo que está ocurriendo en el caso colombiano y es con el tema de las fuentes. Ese es un tema que se le plantea al Centro Nacional de Memoria Histórica, e incluso a las mismas organizaciones sociales que están haciendo procesos reconstructivos de memoria. Este es un tema que sigue siendo álgido en el país que nos conduce a preguntas como: *¿Dónde están los archivos, por ejemplo del DAS (Departamento Administrativo de Seguridad)? ¿Dónde están los archivos del Ejército y de cuerpos de seguridad como el antiguo F2?* Esto sigue siendo un debate porque son fuentes que dicen mucho y no sabemos



si existen realmente, si desaparecieron o si no están teniéndose en cuenta en los análisis. Además, con relación a los archivos desde los cuales están hablando las víctimas sucede algo parecido, *¿Cuáles son los archivos que se están teniendo en cuenta y cuáles no?*

Lo otro que me llamó la atención de tu intervención anterior, es que el *boom* de la memoria está relacionado con la caída de las utopías. El tema para Europa es clave, pero en nuestro caso *¿por qué hay esa efervescencia por la memoria?* Una respuesta puede ser que aunque el tema de la memoria no es una preocupación nueva para muchos sectores sociales, bajo la Ley de Justicia y Paz y la narrativa transicional que se posiciona a partir de 2005 en el país, el tema de la memoria toma fuerza como eje de debate político-académico. Hoy estamos obsesionados por el tema, falta pensarnos de todas maneras; insisto, *¿cómo historizar más densamente nuestro pasado?*

Lo último que quisiera decir, tiene que ver con el paradigma del Holocausto y de la figura del genocidio, mencionadas por ti y otros historiadores y analistas. En nuestros países, el genocidio y el holocausto se nos convirtieron en los grandes paradigmas históricos para leer lo que nos ha ocurrido. En Colombia hemos hablado del genocidio de la Unión Patriótica, hemos hablado del Holocausto del Palacio de Justicia. Ese prisma, o gran lente hermenéutico, también nos ha invadido a nosotros. Creo que hay problemas porque indudablemente el tema del Holocausto y del genocidio se pensó para una gran guerra, pero no para analizar conflictos armados internos, como es el caso de Colombia, o para comprender dictaduras militares (los casos de Argentina o de Chile). Me sigue preocupando que ese sea el lente desde el cual interpretemos lo que nos ha pasado en términos de conflicto armado interno.

**(A.O):** Recogiendo algunos de los presupuestos del profesor Traverso, considero central anotar, en primer lugar, que una historia construida desde las víctimas y/o verdugos tiene unos costos y unas implicaciones. Lo jurídico es uno de esos costos. Pero también están las relaciones de poder en las que se inscriben los ejercicios de memoria. En segundo lugar, está el tema hoy de “la explosión de fuentes”. Las fuentes se disparan, no solo por vía de lo oral. Consideremos tan solo que en el siglo XX inventamos la fotografía, el cine, las emisoras, las bandas sonoras, el internet, “las chuzadas” -el método de las chuzadas es la interceptación de informaciones de las redes sociales-, todo eso es fuente. Esta explosión de fuentes, exige hacer una interpretación crítica de las mismas, que ya no es solo una crítica a la fuente escrita documental, oficial o de correspondencia, sino a la imagen y a una gran cantidad de soportes técnicos.

Además de las fuentes, también está la reconceptualización de la noción de tiempo. No podemos seguir con el esquema cartesiano de pasado, presente y futuro. Los ejercicios de memoria siempre parten del presupuesto de que en el presente está el pasado y una parte de los interrogantes que nosotros hacemos es por eso. Pero, *¿El futuro se construye hoy? ¿El presente no es más que el conjunto de los resultados del pasado?* Hay que comenzar a reconceptualizar el tiempo no solo desde la óptica eurocéntrica sino aceptar otras cosmovisiones que se dan en culturas como las indígenas y las africanas, que tienen otras nociones de tiempo y espacio. Hay que asumir esa universalidad de cosmovisiones; hay que repensar esos paradigmas que caracterizan el siglo XX.

Tenemos que reflexionar también sobre *¿quiénes deben hacer la interpretación historiográfica? ¿Los académicos solamente?*



¿Los historiadores, los sociólogos, los antropólogos, los interdisciplinarios? Hoy nadie piensa que la historia es obra de los grandes hombres; los actores colectivos tienen la capacidad de pensar y opinar sobre su propia historia, sobre su propia práctica, reflexionar sobre su experiencia y teorizar. ¿Cuál sería entonces el papel de nosotros en relación con ellos? ¿Qué es hacer interpretación historiográfica crítica?

Finalmente, a partir de lo que ha sugerido el profesor Traverso sobre “desvictimizar la memoria” es importante pensar para nuestro país las memorias de la Unión Patriótica y la de los sindicalistas que se salen del paradigma de la víctima. Aquí hablamos de actores colectivos con unas utopías que fueron bloqueadas y frustradas, pero que no necesariamente podemos hoy considerar como no realizables.

**(J.M):** Jefferson y Álvaro han puesto el relieve sobre las fuentes, yo quiero hablar desde la producción. Me gustaría saber profesor Traverso ¿qué opina respecto a la relación memoria – medios - imagen? Se lo pregunto porque es significativo pensar hoy el ejercicio de la memoria a través de dispositivos simbólicos y mediáticos. En el fondo mi preocupación es saber ¿cómo se construye la memoria desde otros dispositivos y cómo se da conocer? En Colombia, hay muchas formas de contar el conflicto: están los informes de memoria histórica y la literatura autobiográfica como la producida por los ex secuestrados. Pero también hay otra forma de producción: documentales acerca de los secuestrados. Incluso, Gabriel García Márquez hizo una crónica del secuestro para contar esa historia de la violencia. También están novelas como *La Vorágine* o *Cóndores no entierran todos los días*, o las narrativas del cine y la televisión. ¿Hasta qué

punto logran estas diversas formas romper ese esquema de verdugo/víctima? ¿Realmente es el punto del testigo el que cuenta en estas narrativas o es el del cronista?

**(E):** Profesor Traverso, usted ha tocado un punto también referenciado nuevamente por Jefferson y Álvaro, y es el riesgo que existe de reducir la memoria solo a la relación víctima – victimario. El tema es que cuando uno examina el asunto para un país como Colombia, la sociedad se entiende a sí misma bajo ese lente, como víctimas y como victimarios. ¿Cómo hacer para superar esa mirada?

**(E.T):** Es muy interesante ver cómo unos temas que yo analizo desde un observatorio que es europeo –espero no eurocéntrico-, se pueden examinar tan críticamente desde otro observatorio como el de Colombia. La articulación de esas diferentes miradas me parece muy enriquecedora. Creo que hay paradigmas que se construyeron en Europa, pero que son apropiados en otros espacios y reinventados o transformados. Se han tocado en los distintos comentarios cuestiones muy diversas e interesantes; por ejemplo, monumentos, medios y producción de fuentes, trascendencia de visiones unilaterales. Todas esas cuestiones están vinculadas a la definición misma de memoria. Es decir, memoria significa muchas cosas diferentes, la memoria puede jugar un papel según los contextos y los momentos. Creo que la única manera de hacer un uso fructífero de este concepto es no considerarlo de forma monolítica, asumiendo que la noción se transforma permanentemente. Si uno se sale de este presupuesto, muchos problemas no se pueden comprender.

De otra parte, soy consciente que la memoria está sometida en el mundo globalizado a un proceso de reificación, en el sentido de



Adorno y Horkheimer; es decir, a un proceso que transforma el pasado en un objeto de consumo, en una mercancía. Por ejemplo, para tomar un evento cercano a ustedes, cuando se mediatizó en Francia el secuestro de Ingrid Betancur y luego se transmitió información sobre su liberación, sobre el testimonio de su experiencia del secuestro y la visión de sus familiares, todo fue concebido como una operación de marketing. En este caso, una memoria del conflicto fue elaborada como un producto de la industria cultural. Este puede ser un caso muy interesante de analizar bajo la lógica de la globalización y reificación de la memoria.

También es importante superar la oposición entre memoria y olvido. Muchas veces se tiene esa visión dicotómica: la memoria es virtuosa y el olvido es culpable. Pero memoria y olvido son la misma cosa, son dos caras de un mismo proceso de elaboración, de una relación dialéctica entre el mundo que vivimos y el mundo del pasado. La dialéctica entre memoria y olvido resulta muy sugerente porque nos dice que hay memorias que son la recuperación de un pasado que se había olvidado, pero también nos dice algo sobre el ocultamiento. Por ejemplo, la memoria del Holocausto no se puede concebir sin conectarla con esta voluntad de borrar la idea de socialismo o también de antifascismo.

Además de esto, no se puede sostener hoy que el modelo que hay que seguir para hacer justicia es reconocer a las víctimas y crear una democracia que sea memoriosa y virtuosa. Las cosas son más complejas que eso. Los monumentos son un espejo de ese proceso de construcción de una relación con el pasado. Igualmente son parte de un proceso de reificación de la memoria. Un claro ejemplo es el memorial del Holocausto, que es una de las atracciones turísticas más gran-

des en Berlín. En *Auschwitz*, hay toda una industria del turismo que existe a su alrededor. Esto tiene vínculos con la manera de escribir la historia y de investigar sobre los testigos y las políticas editoriales. Hay muchas películas sobre el Holocausto -son muy malas desde un punto de vista político y estético- pero son objetos de consumo cultural. Conozco cineastas que quisieran hacer una película sobre los comunistas en los campos de concentración y al final nunca pudieron conseguir recursos para hacer una película así, porque contradice las tendencias dominantes.

De cierta manera muchos investigadores que trabajan sobre memoria -y estoy de acuerdo con este punto de vista- subrayan que vivimos “los tiempos de la memoria”. El nuestro, parece ser un tiempo fisiológico de la memoria. En relación con esto y para contestar a la observación sobre el “boom memorial” en Colombia, debo decir que durante décadas la historiografía del fascismo en Europa fue necesariamente antifascista. Es decir, el oficio de escritura de la historia no podía ser desconectado del imperativo ético-político de una condenación del fascismo. Era inevitable que una historiografía alemana y española que se forjó en el exilio, no fuera una historia anti nazi y antifascista. No se pueden criticar a esos historiadores porque tenían un compromiso antinazi y antifascista. Pero décadas después es fácil reconocer esos límites de esa historiografía, en la cual la preocupación de condenar el nazismo y el fascismo muchas veces ocultaba problemas que se evidenciaron después, gracias a que se pudo establecer una distancia crítica.

Lo que digo aquí es que tanto la memoria como la historia tienen sus tiempos de elaboración. Pero también esa constatación se hace hoy problemática porque vivimos en un mundo globalizado. Cada país tiene sus propios



tiempos y dinámicas que son desconectadas de otros países, pero que a la vez están enlazadas. Las tendencias y procesos de construcción de memoria que en un país tomaron décadas, en otro país pueden ocurrir de forma más veloz. Una ventaja que tiene una globalización de la memoria es que permite evitar que se construyan memorias de acontecimientos de manera aislada. Así ocurrió al comienzo con la historia del Holocausto que como acontecimiento se separó de una guerra que tuvo significados distintos para los europeos y no europeos. Ahora la historiografía crítica ve este acontecimiento, porque hay que verlo en el marco de una historia de conflicto más amplia, donde es muy difícil separar el exterminio de los judíos, del exterminio de los gitanos en Europa oriental, de la guerra en contra de la Unión Soviética, de la guerra entre nazismo y comunismo, del pasado colonial de Europa. Hoy el Holocausto no aparece separado sino integrado a una historia global de Europa.

Uno de los peligros que hay que evitar es construir la historia y la memoria de los conflictos de forma aislada. Esto lo veo en muchos casos. En América Latina, la obsesión es construir la memoria de las dictaduras y de los conflictos concebidos solo como genocidio. A través de este prisma se reconoce a unas víctimas y se hace un balance político e histórico de las guerrillas. Pero no se toma en cuenta que la guerrilla no es solo un victimario, fue un actor político importante en Latinoamérica, no solo en Colombia. No se puede pensar la historia de Latinoamérica en el siglo XX sin pensar en la Revolución Mexicana, cu-

baña y nicaragüense. Por lo que conozco, me parece que esa no es una preocupación central de la historiografía, ni de las ciencias sociales, ni de la investigación en Latinoamérica.

Sería muy interesante articular a la memoria de las dictaduras, de los conflictos armados, y de los procesos de victimización, la memoria de actores centrales como las guerrillas ¿Cómo nacieron los movimientos de guerrilla?, ¿Cómo se pensó la revolución?, ¿Qué significó? Puede ser que para muchos sectores la guerrilla no sea una opción política seria a considerar hoy, y que el fracaso del socialismo no se haya sentido tan fuerte en Latinoamérica y por tales motivos no emprendamos este ejercicio de memoria. Pero hay que observar que Latinoamérica ha sido un continente que jugó un papel de resistencia clave al neoliberalismo. Además, muchos de los presos, de los torturados y de las víctimas de la dictadura fueron militantes políticos. Recuperar el papel de las víctimas que eran actores políticos es muy diferente a pensar en un niño judío que se muere en la cámara de gas. Las víctimas no son todas iguales y la idea no es establecer jerarquías entre las víctimas. Conocer el pasado significa saber si mataron en nuestro continente guerrilleros porque eran guerrilleros o como se dice en Colombia, bajo la modalidad de “falsos positivos”. Esa es una dimensión central de la memoria en este continente, y si no se hace ese trabajo, creo que el resultado será el caso de Alemania, en el cual hay un memorial del Holocausto, pero donde otras memorias no tienen toda la visibilidad que quisiéramos.

